

ROBERTO
GUARROZ

*Do décima
Doesia Vertical*

86
JU
123

RLOS LOHLÉ

Una poesía diferente. Un lenguaje de comienzos y finales, pero en cada momento, en cada cosa. Vértigo hacia abajo y hacia arriba, cada poema se convierte en una presencia que configura ese doble movimiento, esa polaridad que define la palabra del hombre, cuando esa palabra no se detiene ante los límites convencionales.

La poesía de Roberto Juarroz constituye una experiencia creadora inconfundible dentro del ámbito de la poesía moderna en lengua española. Su singularidad ha trascendido las fronteras idiomáticas, a través de su traducción y difusión a múltiples lenguas (inglés, francés, alemán, italiano, portugués, holandés, rumano, israelí, árabe, hindi, tamil, polinesio, etc.). Su reconocimiento abarca todos los niveles, desde muchos de los poetas, escritores y críticos más conocidos, hasta su decisiva valoración por las generaciones más jóvenes y los lectores de varios continentes. Su vigencia, en el panorama de la poesía actual, ha quedado evidenciada por la entusiasta recepción dispensada recientemente a su autor en muchos de los más importantes simposios y festivales internacionales de poesía, en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, India, Israel, España, Argentina, México, Holanda, Colombia, Venezuela, Ecuador, etc. Análoga acogida merecieron sus audiciones por France Culture, Radio Nederland o la BBC de Londres.

Un título único y cargado de sentido desde el primer libro, *Poesía Vertical*, con sólo el agregado de un ordinal en los volúmenes subsiguientes, contribuye a perfilar aún más el rigor, la transparencia y el despojamiento de lo exclusivamente retórico, en una obra voluntariamente exiliada de los carriles a menudo rutinarios de la literatura al uso. La exigente estructura de los poemas, tratados como núcleos de una meditación trascendente e identificados tan sólo con un número, responde a análoga perspectiva.

No en vano pudo decir Octavio Paz:

(sigue en la otra solapa)

EDICIONES CARLOS LOHLÉ
Casilla de Correo 3097 - Buenos Aires

Biblioteca Leonardo Da Vinci

Ingreso: 19-09-2017

N. Inv.: 012349

Procedencia: donado

POESÍA VERTICAL

Escuela Dante Alighieri
BIBLIOTECA
Ordenado Da Vinci

91400005

12349
862 Jua.

más en las páginas de reproducción y reproducción en
Duodécima
Poesía Vertical
Tercera edición revisada 1991
ISBN 950-228-062-3
Impreso en Argentina
Diseño de tapa: Jorge J. Torres
Distribución: Editorial Trilce S.A.
Buenos Aires, Argentina

Duodécima Poesía Vertical

Escuela Urbana
BIBLIOTECA
Conrado Da Vinci
Buenos Aires - Argentina

Escuela Urbana
BIBLIOTECA
Conrado Da Vinci
Buenos Aires - Argentina

La poesía es un arte que se ha desarrollado a lo largo de la historia humana. Desde los primeros poemas épicos hasta la poesía contemporánea, ha sido una forma de expresión que ha acompañado al ser humano en su evolución cultural. En este libro, se exploran las características de la poesía vertical, una forma que busca romper con los límites tradicionales de la poesía horizontal. A través de ejemplos y análisis, se muestra cómo la poesía vertical puede ser una herramienta poderosa para explorar nuevas formas de expresión y comunicación.



Todos los derechos de reproducción y traducción están reservados para todos los países.

Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723.

© 1991. Carlos Lohlé S.A.

Tacuarí 1516 (1139) Buenos Aires.

Primera edición: mayo 1991.

Tirada: 1.000 ejemplares.

Impreso en Argentina.

Printed in Argentina.

I.S.B.N.: 950-539-065-3

Roberto Juarroz

... usar la palabra del lugar de la palabra
... ponerla en el sitio de aquello que no habla
... los signos agnósticos.
... las esperas sin nombres,
... las armonías que nunca se consuman,
... las vigencias desafiadas,
... las coartadas en suspenso.

... aguar que la palabra zolopie
... el factor olvidado

Duodécima Poesía Vertical

... en la sombra casi bucca del hombre
... así armado el mundo
... dar el espacio novísimo
... donde la palabra no sea simplemente
... un signo para hablar
... sino también para callar,
... cual pueril del ser,
... lava para decir o no decir,
... con el sentido a coartas
... como un día a la espalda.

Ediciones Carlos Lohlé
Buenos Aires - Argentina

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos LITODAR,
Viel 1444, Capital Federal en el mes de mayo de 1991



1

Sacar la palabra del lugar de la palabra
y ponerla en el sitio de aquello que no habla:
los tiempos agotados,
las esperas sin nombre,
las armonías que nunca se consuman,
las vigencias desdeñadas,
las corrientes en suspenso.

Lograr que la palabra adopte
el licor olvidado
de lo que no es palabra,
sino expectante mutismo
al borde del silencio,
en el contorno de la rosa,
en el atrás sin sueño de los pájaros,
en la sombra casi hueca del hombre.

Y así sumado el mundo,
abrir el espacio novísimo
donde la palabra no sea simplemente
un signo para hablar
sino también para callar,
canal puro del ser,
forma para decir o no decir,
con el sentido a cuestas
como un dios a la espalda.

Quizá el revés de un dios,

Procedencia Poesía Vertical

Buenos Aires - Argentina

Periódicamente,
 es necesario pasar lista a las cosas,
 comprobar otra vez su presencia.
 Hay que saber
 si todavía están allí los árboles,
 si los pájaros y las flores
 continúan su torneo inverosímil,
 si las claridades escondidas
 siguen suministrando la raíz de la luz,
 si los vecinos del hombre
 se acuerdan aún del hombre,
 si dios ha cedido
 su espacio a un reemplazante,
 si tu nombre es tu nombre
 o es ya el mío,
 si el hombre completó su aprendizaje
 de verse desde afuera.

Y al pasar lista
 es preciso evitar un engaño:
 ninguna cosa puede nombrar a otra.
 Nada debe reemplazar a lo ausente.

Todo viene de lejos.
 Y sigue estando lejos.
 ¿Pero lejos de qué?
 De algo que está lejos.
 Mi mano me hace señas
 desde otro universo.

Hay lugares donde no es un
 decir algo está entendido
 Pero alguien por cosas
 que se aclaran
 como
 desde
 algunos
 que no es necesario completar esos
 que al es
 porque
 una palabra de un
 sabido
 y hasta es posible que
 es todo complejo.
 un reservado y protegido
 que no es preciso leer para entender.

5

Ciertas luces apagadas
iluminan más
que las luces encendidas.

Hay lugares donde no es preciso
que algo esté encendido para que alumbre.

Pero además hay cosas
que se aclaran mejor con las luces apagadas,
como algunos estratos oblicuos del hombre
o algunos rincones que se instalan

[subrepticamente
en los espacios más abiertos.

Y hay también una intemperie de la luz,
una zona despojada y ecuánime
donde ya no hay diferencia
entre las luces encendidas
y las luces apagadas.

6

Hay fragmentos de palabras
adentro de todas las cosas,
como restos de una antigua siembra.

Para poder hallarlos
es preciso recuperar el balbuceo
del comienzo o el fin.
Y desde el olvido de los nombres
aprender otra vez a deletrear las palabras,
pero desde atrás de las letras.

Quizá descubramos entonces
que no es necesario completar esos
[fragmentos,
porque cada uno es una palabra entera,
una palabra de un lenguaje olvidado.

Y hasta es posible que encontremos en cada
[cosa

un texto completo,
un reservado y protegido texto
que no es preciso leer para entender.

7

El poema convoca al humo
para encender la lámpara.

Los fuegos apagados
son el mejor combustible
para los nuevos fuegos.

La llama sólo se enciende
con su pasado.

8

Dibujaba ventanas en todas partes.
En los muros demasiado altos,
en los muros demasiado bajos,
en las paredes obtusas, en los rincones,
en el aire y hasta en los techos.

Dibujaba ventanas como si dibujara pájaros.
En el piso, en las noches,

en las miradas palpablemente sordas,
en los alrededores de la muerte,
en las tumbas, los árboles.

Dibujaba ventanas hasta en las puertas.

Pero nunca dibujó una puerta.

No quería entrar ni salir.

Sabía que no se puede.

Solamente quería ver: ver.

Dibujaba ventanas.

En todas partes.

9

Más tarde o más temprano
hay que poner la mano sobre el fuego.

Tal vez pueda la mano
aprender antes a ser llama
o quizá persuadir a la llama
para que tome la forma de una mano.

Y si fallaran ambas cosas,
tal vez puedan la mano y la llama
resolverse en los átomos ya libres
de una distinta claridad.

O quizá simplemente
calentar un poco más el universo.

10

¿Cuántas formas de visión
se han abierto en nosotros?
Sabíamos que una sola no basta
y casi sin sentirlo
hemos ido incorporando nuevas ópticas,
insólitas retinas,
a esa ruda ecuación
de ver, ser y pasar.

Y ahora ni siquiera sabemos
con qué ojos vemos lo que vemos.
Ni sabemos tampoco
si aún somos nosotros los que vemos.

O que el mundo se desorienta en sus órbitas
al dejarse en victoria

Y cumplir el sueño la intensidad de los ruidos
en un silencio borbónico en bistró
como si se encendiera la brújula
con el babilonio de la noche

Hay que inventar los signos de la ficción
romper la magia cartográfica
del juego que nos cura

Y seguir hacia otro juego más sperico

Hay que jugar más miradas en los ojos

Invertir los signos de la fiesta,
 como lo haría un monje loco
 que sólo puede orar con la cruz al revés
 o poniéndose a sí mismo
 con la cabeza hacia abajo.

Que la fiesta comience
 con la muerte en la punta de los dedos
 y el abismo enredándose en las piernas,
 con la luna convertida en esponja
 para absorber el cielo
 y la luz en escoba
 para barrer la tierra.

Que el sueño se transforme en sustancia,
 la vejez en victoria
 y tu ausencia portátil en presencia.
 Y sembrar al volco la identidad de los rincones
 como si se encendiera la primera luz
 con el pabilo de la noche.

Hay que invertir los signos de la fiesta,
 romper la malla estafalaria
 del juego que nos ciñe
 y saltar hacia otro juego más abierto.

Hay que hallar más mirada en los ojos

o fuera de los ojos
 y descubrir por fin la fiesta prometida.

Hay que hallar los
 (para Antonio Ramos Rosa)

Hay que hallar los
 signos de la fiesta
 como lo haría un monje loco
 que sólo puede orar con la cruz al revés
 o poniéndose a sí mismo
 con la cabeza hacia abajo.

Que la fiesta comience
 con la muerte en la punta de los dedos
 y el abismo enredándose en las piernas,
 con la luna convertida en esponja
 para absorber el cielo
 y la luz en escoba
 para barrer la tierra.

Que el sueño se transforme en sustancia,
 la vejez en victoria
 y tu ausencia portátil en presencia.
 Y sembrar al volco la identidad de los rincones
 como si se encendiera la primera luz
 con el pabilo de la noche.

Hay que invertir los signos de la fiesta,
 romper la malla estafalaria
 del juego que nos ciñe
 y saltar hacia otro juego más abierto.

Hay que hallar más mirada en los ojos

Hay que hallar los
 signos de la fiesta
 como lo haría un monje loco
 que sólo puede orar con la cruz al revés
 o poniéndose a sí mismo
 con la cabeza hacia abajo.

El error que comete una cosa
 al caer de tus manos,
 la absurda equivocación de una hoja
 al no caer sobre la tierra,
 la confusión de un aroma
 que emigra de una flor
 y se va a perfumar un pensamiento,
 no deben atribuirse
 a sus modales inexpertos
 sino al defecto fundamental que el azar
 | distribuye
 como una noche quebrada
 por el apocalipsis encubierto de los días.

Esta concreta conspiración del desierto
 indica que la historia aún no ha empezado
 y el hombre sólo registra en sus anales
 inciertos simulacros de antistoria.

Tan sólo una imaginación regenerada
 que trace los movimientos del regreso,
 del perfume a la flor,
 de las hojas al árbol,
 de una cosa a tu mano,
 del azar al azar,
 de la noche a la noche,
 puede iniciar la historia verdadera.

El mundo está repleto
 de anodinos fantasmas.
 Hay que hallar los fantasmas esenciales.

En la rama entrecortada
 sólo así braman
 sólo así la sangre su abeto paso

Sólo así la visión
 se multiplicará
 Los poemas acallados

Y al fondo
 tal vez esos poemas
 puedan surgir también otro poema.

13

Hay un momento
en que uno se libera de su biografía
y abandona entonces esa sombra agobiante,
esa simulación que es el pasado.

Ya no hay que servir más
la angosta fórmula de uno mismo,
ni seguir ensayando sus conquistas,
ni planear en las bifurcaciones.

Abandonar la propia biografía
y no reconocer los propios datos,
es aliviar la carga para el viaje.

Y es como colgar en la pared un marco vacío
para que ningún paisaje se agote al fijarse.

14

Callar algunos poemas,
no traducirlos del silencio,
no vestir sus figuras,
no llegar ni siquiera a formarlas:
dejar que se concentren como pájaros

en la rama enterrada.
Solo así brotarán otros poemas.
Solo así la sangre se abre paso.

Solo así la visión que nos enciende
se multiplicará como los panes.
Solo así la visión que nos enciende
se multiplicará como los panes.

Los poemas acallados
nos prueban que el milagro es siempre joven.
Y al final, cuando todo enmudezca,
tal vez esos poemas
hagan surgir también otro poema.

13

Hay un momento
en que uno se libera de su biografía
y abandona entonces esa sombra agobiante,
esa simulación que es el pasado.

Ya no hay que servir más
la angosta fórmula de uno mismo,
ni seguir ensayando sus conquistas,
ni planear en las bifurcaciones.

Abandonar la propia biografía
y no reconocer los propios datos,
es aliviar la carga para el viaje.

Y es como colgar en la pared un marco vacío
para que ningún paisaje se agote al fijarse.

Buscar una cosa

es siempre encontrar otra.

Así, para hallar algo,

hay que buscar lo que no es.

Buscar al pájaro para encontrar a la rosa,

buscar al amor para hallar el exilio,

buscar la nada para descubrir un hombre,

ir hacia atrás para ir hacia adelante.

La clave del camino,

más que en sus bifurcaciones,

su sospechoso comienzo

o su dudoso final,

está en el cáustico humor

de su doble sentido.

Siempre se llega,

pero a otra parte.

Todo pasa.

Pero a la inversa.

Cuando carezco de luz,
la luz me parece imposible.

Cuando quedo afuera del poema,
el poema me parece imposible.

Cuando dejo de mirarte,
tú me pareces imposible.

Cuando pierda la vida,
la vida me parecerá imposible.

Y si pudiera no pensar,
pensar me parecería imposible.

Desde afuera de una cosa,
esa cosa es imposible.

Y desde afuera de todo,
todo es imposible.

Pero hay una excepción:
desde adentro de mí,
yo también soy imposible.

La parábola que es nuestro alrededor
nos contamina la visión
y la inflama con un fugaz desfile
que contradice a las estrellas.

El mito de llevar un dios adentro
nos desangra la visión
y la corrompe con la íntima tutela
de un ojo anclado en su propio estrabismo.

Aplastada entre afuera y adentro,
la visión debiera ser autónoma,
independiente del hombre y de los dioses,
del ojo y de las cosas.

La visión debe ser visión y no mirada,
luz sensible, punción, llama sin leño,
creación de un ojo, no su vástago.
Y después, sólo después, abrir el mundo.

Podría quizá olvidar algo que he escrito
y volver a escribirlo de la misma manera.

Podría olvidar la vida que he vivido
y volver a vivirla de la misma manera.

Podría olvidar la muerte que moriré mañana
y volver a morirla de la misma manera.

Pero siempre hay un grano de polvo de la luz
que rompe el engranaje de las repeticiones:
podría olvidar algo que he amado
pero no volver a amarlo de la misma manera.

El hombre se ha vuelto del revés.
 Conventría por eso
 que usara el sombrero al revés,
 los guantes, la camisa
 y sobre todo el corazón al revés.

Y también conventría

que dicra vuelta las palabras,
 las miradas que se desflecan en el viento,
 la historia de sus pálidos días,
 las puertas del silencio,
 el símil de pensar con que se yergue
 y la inconducta terca de su muerte.

Y cuando esté todo al revés
 volver a darlo vuelta del revés,
 para ver si allí encuentra su figura,
 la figura de hombre que jamás encontró.

Porque el revés del revés no es el derecho,
 esa mísera imagen que tampoco nos sirve.

La página en blanco
 es un oído que aguarda.

La escritura es la voz
 que puede combinarse con el blanco
 o crudamente abolirlo
 para arribar así al oído.

En algunos momentos
 la mano presiente la densidad que la espera
 y su trazo en el blanco
 descubre la presión necesaria
 para llegar hasta la música de abajo.

Cuando esto no ocurre,
 es preciso anular la escritura,
 extinguiarla

como se apaga una lámpara que humea,
 recomponer el blanco de la página
 y preservar al oído que aguarda.

A veces parece

que estamos en el centro de la fiesta.

Sin embargo

en el centro de la fiesta no hay nadie.

En el centro de la fiesta está el vacío.

Pero en el centro del vacío hay otra fiesta.

El gesto de la mano cuando intenta escribir crea a veces el pensar, crea la imagen que después mueve la mano.

Un gesto también crea el amor, que después crea otros gestos y algo más que hay debajo.

El autónomo idioma de los gestos parece un calculado azar para despertar las latentes esperas que habitan en el fondo de todo.

También el árbol es un lenguaje de gestos donde se unen el azar y la complicidad del árbol para que caiga una hoja.

Mi mano acaricia tu sueño.
Y para mejor acariciarlo
se convierte ella también en sueño.

Pero entonces tu sueño
se convierte en una mano,
para poder corresponder a esa caricia.

¿El amor será siempre
el cruce de una mano que va
y otra mano que vuelve?

¿O será solamente
el paso de dos sueños que se cruzan?

Todos hablan
de lo que han encontrado en el camino.
Algunos también hablan
de lo que no han encontrado.
Y unos pocos se refieren
a lo que no es posible encontrar.

Pero hay quienes hablan de un encuentro
que surge como una emboscada entre las
[manos,
como una golondrina que nunca formó parte
de ninguna bandada,
como un gesto secreto que recoge
la compasión que falta en los encuentros.

Todo encuentro se crea
como agua ante la sed.
El resto es un espejismo
que ni siquiera alcanza
para desconcertar al desierto.

Las caras de derrota del domingo a la tarde,
las caras donde se ahogó la fiesta
como un islote simulado
que se hunde en la verdad del mar.

Las caras del domingo a la tarde
recopilan los fracasos del hombre,
desmantelan sus éxitos de estopa
y predicen escaleras que descienden.

El bochorno de los próximos días
volverá a repetir el simulacro
como un tinglado recurrente,
a menos que aparezca de pronto
la fiesta no prevista,
la fiesta que no está en los calendarios
ni en los fáusticos proyectos del hombre.
El domingo que irrumpe en la mitad de la
[semana,
sin caras de derrota.

Además, hay otra alternativa:
durante la semana
podría el hombre inventarse otra cara,
tal vez la suya propia.

Hemos llegado a una ciudad sagrada.
Preferimos ignorar su nombre:
así le podemos dar todos los nombres.
No encontramos a quién preguntar
por qué estamos solos en la ciudad sagrada.
No conocemos qué cultos se practican en ella.
Sólo vemos que aquí forman un solo filamento
el hilo que une toda la música del mundo
y el hilo que une todo el silencio.

No sabemos si la ciudad nos recibe o nos
[despide,
si es un alto o un final del camino.
Nadie nos ha dicho por qué no es un bosque o
[un desierto.
No figura en ninguna guía, en ningún mapa.
Las geografías han callado su ubicación o no la
[han visto.

Pero en el centro de la ciudad sagrada hay una
[plaza
donde se abre todo el amor callado
que hay adentro del mundo.
Y sólo eso comprendemos ahora:
lo sagrado
es todo el amor callado.

La niebla sin niebla del atardecer
 convoca a otras nieblas heréticas
 repartidas por el mundo,
 especialmente aquéllas que se agazapan
 como sospechosas diluciones de la luz
 en ciertas franjas equívocas
 parecidas al pensamiento
 y en ciertas desventuradas historias
 acometidas por los dioses
 como si fueran acrobáticos
 personajes de circo.

La secta de esas nieblas heréticas
 corrige en las anfractuosidades del mundo
 la torpeza infinita
 del hombre y de los dioses.

Quizá de alguna de esas nieblas
 surja alguna vez una imagen más clara
 o un misterio más puro,
 ya que hasta los misterios se han vuelto
 [complacientes.

Puede ser que en las nieblas sin niebla
 se concentre una discreta forma
 de homeopática curación de la luz.

El mundo se ha cerrado,
 el hombre se ha enquistado
 sobre su propio ojo.

La vida humana es una cápsula
 con un preciso instrumental
 que permite imitar la realidad.

Hay que volver a abrir las cosas,
 abrir la habitación del hombre,
 abrir las imágenes como si fueran frutos,
 abrir el taller sofocado de la piedra
 y la reseca piel de la palabra,
 el continente bloqueado del sueño,
 el traje a medida del amor,
 los párpados bajos del paisaje,
 la cámara pringosa del exilio,
 la invalidez ritual de la locura.

Y saltar hacia afuera o adentro,
 ya que al fin es lo mismo.
 Los dos extremos se abren:
 el medio es lo cerrado.

¿O habrá también un salto
 inmóvil en el medio,
 un salto que lo abra
 como una estrella que comienza?

El soplo de luz, el temblor concentrado
que brota de ciertos encuentros
contradice a veces su propia brevedad
y se extiende como una alquimia lenta
por todo el resto de la vida.

Poseer así para siempre
algo que nunca se tuvo
y nunca se tendrá,
cambia la condición del hombre,
modifica sus límites.

Unas veces las manos se tocan
y otras ni siquiera se tocan.
Los ojos sí se tocan
o algo que está atrás de los ojos.

Pero poseer así, tocar así,
abrevia un rincón de eternidad
y lo hace caber en la celda que habitamos.

Tal vez esté allí la sabiduría del amor,
rescatada de los incendios que lo devastan.

Los hombres van quedando al costado del
convertidos en muñecos. [camino,
No importa si antes fueron
marionetas u hombres.

La figura es ahora la misma.
Y sus miradas están fijas
como aplastadas cintas de papel.

No los ha apartado el camino.
Tampoco nosotros los hemos apartado:
apartarse parece ser el triste destino del
[hombre.

Y también convertirse en muñeco.
Se verá, si se observa con cuidado,
que desde el comienzo la rigidez es progresiva.

Pero hay algunas veces
en que un hombre sigue por el camino,
como si hubiera un final.

Los muñecos lo observan azorados.
El camino parece entonces erguirse y abrigarlo.
Y los ojos de ese hombre dibujan de nuevo
el quebrado itinerario de la luz.

La casa del hombre,
la casa para quien no puede tener casa.

El patio de la casa del hombre,
el patio donde la lluvia se siembra como el
[trigo.

El árbol de la casa del hombre,
el árbol que guarda la identidad del tiempo.

La luz de la casa del hombre,
la luz que se descalza en la noche.

La puerta de la casa del hombre,
la puerta que no quisiera ya ser puerta.

El techo de la casa del hombre,
el techo que se bifurca en alas para seguir sus
[huellas.

La ventana de la casa del hombre,
la ventana que dibuja su rostro para poder
[cuidarlo.

El aire de la casa del hombre,
el aire que lo respira mientras él lo respira.

La figura de la casa del hombre,
la figura que copia su figura.

Las ruinas de la casa del hombre,
las únicas ruinas que no son una derrota.

La sombra de la casa del hombre,
la sombra que se consuela con su sombra.

El amor de la casa del hombre,
el amor que la llena y la vacía.

(para Manuel Mejía Vallejo y Dora Luz)

No podemos detener los dibujos que se

[forman en el aire.

No podemos detener los dibujos que se

[descuelgan de la noche.

No podemos detener los dibujos que nos

[incendian el pensamiento.

No sabemos quién traza esos dibujos.

No sabemos por qué esos dibujos adornan
estos vagos suburbios de la nada.

Ni siquiera sabemos si nuestros ojos sirven
para ver esos dibujos.

Pero el hecho que más nos sorprende
es que todas las cosas resulten incompletas,
ya que ninguna existe o se sostiene
sin la complementación de estos dibujos.

No es raro entonces que estos dibujos nos
[parezcan

más perfectos que el aire,
más habitados que la noche,
más reales que el pensamiento.

Vaivén de la ternura,
que llega o se retira
como el sueño en un niño,
maneja distancias
que se acortan o alargan
sin cambiar de medida.

El encuentro y la separación
usan el mismo espacio,
que despierta a veces hacia un lado
y a veces hacia el otro,
como un hombre en su lecho,
compartido o a solas.

La ternura disuelve
esa línea ilusoria
que divide las aguas
de la separación y del encuentro.

Cerca y lejos no existen.
Los crea la ternura
como el mar crea la playa
con el borde inasible
de sus sabias marcas.

Algunas veces nos sentimos por fin
asentados en la tierra.
Ella parece entonces nuestra casa.
Y por un momento olvidamos
nuestros pintorescos atuendos
de seres destinados al exilio.

Quizá por esas pocas horas de arraigo
sabemos que las cosas
podrían haber sido de otro modo:
tener un lugar,
habitar nuestra casa,
aunque periódicamente nos expulsara el
infinito.

Pero lo mismo en el arraigo o el exilio
seguimos sin conocer nuestra función,
quizá porque ignoramos
la función de la tierra.

Tu aliento te corrige.
Tu aliento me corrige
y también corrige al mundo,
como un duende sonámbulo
que empaña el cristal de la ventana
y traza allí los símbolos que enlazan
la vida con la vida.

Desde el fondo de las formas más antiguas,
las formas anteriores al aliento,
surge a veces una metástasis de formas
como para borrar aquellos símbolos,
pero tan sólo los rodean
con los trazos protectores del origen.

Y esos trazos entonces los abrazan
como si pretendieran protegerlos
de las infaustas intemperies
o quizá del momento incorregible
en que tu aliento ya no empañe
el ya neutro cristal de la ventana.

También hay espacios hechos de nada,
 ámbitos imprescindibles para descansar un
 ya que de todas las cosas [momento,
 hay que descansar un momento.

Y hay además ciudades hechas de nada,
 hombres, caminos, árboles,
 palabras hechas de nada,
 libros, muertes, amores,
 mundos hechos de nada.

Si el corazón se combina con ellos
 tal vez comience a oír una música
 también hecha de nada,
 la única que puede abrir lo cerrado,
 la única que no necesita interrumpirse.

Por otra parte,
 cuando todo sea nada,
 sólo perdurará esa música,
 nada más que esa música.

Días de espesor condenado,
 con estrías de luna abandonada por el sol.
 O menos: sin estrías.
 Tabla rasa de la luz y la sombra,
 limbo penitencial
 que ignora dónde estuvo la culpa
 y dónde el paraíso.

Pero algo sueña de pronto,
 menos quizá que un sonido,
 menos que el eco de un llamado
 en una puerta que no existe,
 menos que la sombra de la campanilla
 en el espacio atónico de una catedral,
 menos que el latido de un reloj
 sumergido en el fondo del pasado,
 menos que el roce de los nombres perdidos
 en la impenetrable maraña de lo no nombrado,
 menos que el pensamiento de una melodía
 que jamás se ejecutó
 y tal vez nunca se compuso,
 menos que una vibración estrangulada
 en el hueco de una palabra muerta,
 menos que un sueño detenido
 en el umbral más quieto de la noche,
 menos aún que la forma más remota de un
 mundo

después de su extinción.

Y entonces,
allí donde ni siquiera la idea de la luz
podría abrir la partitura tapiada del tiempo,
ese menos que menos,
ese menos que sin embargo suena,
nos reanima en el límite.

Necesitamos a veces

descender a la nada,
al casi nada de la nada,
allí donde la nada
es una música infinitesimal,
lo único que se oye
cuando todo lo demás enmudece,
cuando el oído queda
completamente solo.

38

Todo viene hacia nosotros:
no vamos hacia nada.
¿Hacia dónde podríamos ir?
Toda marcha es una simulación,
un anodino juego
o una costumbre inútil.

Todo viene hacia nosotros.
Desde la tierra callada,
desde el cielo que vemos
o desde el cielo que no vemos,
desde los huesos que nos sostienen
o desde la sangre que nos envuelve,
desde el tiempo que manoteamos
o las motas de azar que nos rozan.

Todo viene hacia nosotros.
La forma con que nacimos,
el pensamiento y las sombras,
la astilla de cada palabra,
los silencios que articulamos,
el sueño que despoja a la noche
o la noche que despoja al sueño,
la apelación desconocida y sin destino
que nos trae cada amor.

Todo viene hacia nosotros,

sálvo tal vez esa figura muda
que armamos con un matiz de cada cosa
y que quizá se yerga al desplomarnos
para marchar por cuenta propia,
para venir con todo lo que viene,
aunque no venga ya hacia nosotros.

Hay un sordo llamado en todas partes.
A veces aflora
como un compás que no está en la partitura,
como un pétalo excedente,
un soplo que se desvincula del aire,
un nombre ajeno que nos nombra
o una inflexión que nos convoca
desde adentro de nuestro propio sueño.

Si vamos hacia él, desaparece.
Si no vamos,
sentimos cómo aumenta el vacío.
Cada día notamos con mayor insistencia
que subyace a todas las palabras.

Pero la clave no es ir a buscarlo,
ni vagar como ciegos detrás de sus indicios,
ni tampoco tratar de responderle.
Este es el único llamado
que no reclama una respuesta:
pide tan sólo otro llamado.

Tal vez sea éste el sentido de todo:
un encuentro de llamados.

También hemos traicionado al agua.

La lluvia no se reparte para eso,
el río no corre para eso,
el charco no se detiene para eso,
el mar no es presencia para eso.

Otra vez hemos perdido el mensaje,
las vocales abiertas
del lenguaje del agua,
su inaudita transparencia palpable.

Ni siquiera supimos
beber la transparencia.
Beber algo es aprenderlo.

Y aprender la transparencia es el comienzo
de aprender lo invisible.

Roce del tiempo con el tiempo,
roce de una mirada con su objeto
o con otra mirada,
roces de los cuerpos que vagan
como extrapolaciones del vacío,
roce de un pensamiento con otro
o con su propia sombra.

Los roces constituyen la vida
y quizá la calientan levemente
ante el invierno sin roces de la muerte.
La unión y el encuentro
son blancos demasiado netos
y el frío los abate
como a troncos fácilmente localizables.

Vivir parece sólo un roce con el ser.
Pero tal vez sea posible
detenerse en un roce,
como una canción en una rama,
para saludar al sol o a los pájaros.

Hay ángulos que no pueden cerrarse
y que ninguna línea convertirá en figura.
Ellos resumen el destino.
Tampoco el destino puede cerrarse.

El amor conoce esos ángulos
y con frecuencia acude a ellos.
También el pensamiento y la palabra.
También los párrafos del viento.

Pero no hay instrumento que pueda medirlos,
ni hay geometría que los abarque.
Ellos responden a otro orden del espacio:
la geometría de lo abierto.

Y quizá también respondan a un llamado,
pero no sabemos de dónde.

La casa del sueño
no posee puertas ni ventanas,
no tiene rincones fijos,
se alumbra con una medialuz anónima
y carece de propietario.

La casa del sueño
no copia sus imágenes.
No hay pinturas en sus paredes.
Sus figuras y reflejos se entrecruzan
como si su sustancia fuera el tiempo,
pero un tiempo visible y sin medidas.

Nosotros no habitamos en la casa del sueño:
ella mora en nosotros,
como si los papeles se hubieran invertido.
Nadie podrá habitarla nunca,
salvo quizá nuestra ausencia.

O tal vez otra ausencia,
una ausencia más ausente todavía.

El recuerdo no es suficiente.
 El recuerdo siempre es incompleto,
 la degradación de una presencia,
 una existencia inválida,
 un ciervo con los miembros amputados,
 el desvalido trozo
 de una mirada escindida en muchas partes.

No sirve la esperanza extravagante
 de vivir para ser un recuerdo,
 ni adelgazar la ya magra biografía
 para que pueda entrar en pocas líneas.

Tal vez resulte más completo,
 más entero, más fiel,
 el olvido absoluto.

¿Pero hay algún olvido
 que no encierre un recuerdo?
 ¿Hay olvido absoluto?
 ¿No es acaso el olvido
 un recuerdo enquistado?

¿O es tan sólo el recuerdo
 un enquistado olvido?

¿De dónde vienen estas imágenes?
 ¿Y adónde van estas imágenes?

Nosotros no somos terreno apropiado
 para que aquí se aposenten.

Las imágenes parecen buscar un lugar
 donde poder detenerse
 y nosotros somos arenas movedizas,
 nada más que un lugar de pasaje.

Pero entonces
 ¿por qué vuelven las imágenes?

También nosotros quisiéramos detenernos
 y volvemos siempre al lugar
 donde eso no es posible.

Tal vez no somos más que otras imágenes
 que como todas las imágenes
 sólo pueden volver a las imágenes,
 aunque no puedan detenerse.

Entre los bloques de espera
flotantes en el río
que pasa por debajo de todo,
inyectar unas palabras de luz,
unas palabras de sombra
y algunas vetas de silencios unánimes
para los cuales no difieren
la sombra y la luz.

Y aguardar después que se levante
como un rostro sin rictus
la flor de la espera,
de la espera de todo,
la espera de nada,
la espera de la espera.

Entonces estará menos vacío
el espacio que abandonó la esperanza.
El gesto abierto de la espera
es la forma más pura de la fe.

Educar a las semillas de la nada
y colgarlas como cuentas transparentes
de las ramas más calladas de un árbol.
Algunas serán llevadas por los pájaros,
otras se pegarán al viento
y algunas se hundirán en las miradas
o en las palabras sueltas
que a veces se arremolinan en el aire.

Y a través de esas limpias mediaciones
caerán detrás de la sequía,
torcerán el invierno,
se alzarán sobre la torre rota
y hasta quizá germinen sin notarse
entre los mustios epitafios.

Porque nos hace falta esta cosecha.
Todas las demás se consumen,
se pudren como la sombra del agua,
como panes de polvo.

Sólo resta la cosecha de la nada,
pero antes hay que efectuar la siembra.
Las semillas están en todas partes:
es preciso enseñarles a brotar.

Hay que educar a las semillas de la nada
para que puedan germinar como las otras.

Todas las historias me parecen conocidas,
todas las intrigas, todos los argumentos.
No lo he vivido todo,
ni siquiera lo he visto.
No guardo en mis alforjas
el resumen en píldoras
de todo cuanto existe.

Pero todos los rostros me resultan conocidos,
todas las voces, todos los paisajes.
No me he cruzado con todos los hombres,
ni siquiera los he oído o leído.
No conservo en mis ojos
el arduo laberinto
de todos los reflejos.

Sin embargo, en el fondo
hay algo que alguna vez he pensado
o vivido o amado alguna vez,
casi un relámpago de nada,
que sin yo darme cuenta
enhebró un filamento
de todo cuanto existe
y me ha dejado adentro
la sensación extraña
de haber pensado todo,
de haber amado todo,

de haber tocado todo,
hasta lo que no existe.

Y también en el fondo
o más allá del fondo
no dejo de escuchar una música
a la que se parecen
todas las otras músicas,
no dejo de escuchar un silencio
que pasa como un duende
por todos los silencios.
Y desde allí se oye claramente
las ondas detenidas,
las fósiles marcas
del silencio futuro,
del silencio final.

Las marcas del lenguaje
no tienen siempre el mismo ritmo.
Sus bajantes se producen sin horario fijo
y nos dejan a veces abandonados en la playa
desoladamente húmeda,
con el sordo temor de una retirada
sin seguro retorno.

Y aunque estemos relativamente
[acostumbrados
a los descensos aleatorios
del nivel de las cosas,
que a menudo nos dejan semivivos
en cualquier inocente encrucijada,
las retiradas del lenguaje
no nos permiten habituarnos
a esa insólita situación
de náufragos sin naufragio.

Cuando vuelven a subir las aguas,
cuando el lenguaje regresa a habitarnos,
sentimos de pronto
que en la definitiva bajante de la vida
quizá la mayor pena
será la pérdida para siempre del lenguaje.

La luz es un resorte
que empuja hacia la sombra.
La sombra es un resorte
que empuja hacia la luz.

¿Y si ambos resortes se juntaran
para empujar hacia otra parte,
más allá de la sombra,
más allá de la luz?

Unas puertas tan perfectas
que no parecen levantadas
para pasar por ellas.

Unas puertas tan perfectas
como para quedarse
para siempre en una puerta.

Y desde allí
ver pasar todas las cosas,
sin entrar ni salir.

La servidumbre de la noche,
la servidumbre de tener que abandonar el
no es un cambio de piel:
es la serpiente que muda el cuerpo entero.

El sueño es inmoral.
La noche también es inmoral.

Como la muerte es inmoral.
Como la nada es inmoral.

La función por ahora ha cesado.

Los títeres vuelven a sus rincones neutros.
Mañana volverá a repetirse
el repertorio unívoco:

la obra de mil escenas
y ningún argumento.

Saqué una mano fuera del sueño
para apoyar algo que tenía en ella,
pero no encontré ningún apoyo.

Aquello que cabía en mi mano
cayó entonces al suelo
y ya no pude recogerlo.

Volví a introducir mi mano en el sueño:
estaba rodeada de apoyos,
pero sin nada que apoyar.

Más difícil aún que apoyar algo
es sin duda apoyar nada.

Siempre estamos en el comienzo,
pero casi siempre cegamos el comienzo
con la superchería de ser alguna cosa
o el simulacro carnavalesco de crecer.

Y solamente el comienzo nos consuela
del árido abandono que es la vida.
El comienzo de un signo, de una rosa,
de un color, de tus manos,
El comienzo de dios.

Sí. La vida no es más que un comienzo.
También dormir, tropezar,
desandar un camino,
detenerse en un rostro,
pensar,
encender una lámpara.
Y por cierto apagarla.

Hasta dios no es más que un comienzo.

Rostros que van,
rostros que vuelven.

Hay una sola diferencia:
la lluvia, en el camino,
moja más a los que vuelven.

Todos los templos están deshabitados.
Todos los templos están deshabitados
porque no están vacíos.
Sólo en un templo totalmente vacío
puede habitar el espacio de un templo.

Por eso mi poema
busca ser un templo vacío.
Sólo allí podría habitar
un tallo del ser.

Y tan sólo en el ser
puede erguirse la rosa.

Aquí sólo logra
demorarse un instante.

Hondonada del tiempo,
no sabemos dentro de qué sueño
soñado por la totalidad.

Y en esa onírica hondonada
este laberinto de reflejos
y estos ojos abiertos inexplicablemente,
estas palabras que se funden
como velas minúsculas,
estos amores que se caen,
estos trabajos y estas furias,
estas pisadas en la noche.

¿Por qué esta hondonada del tiempo
no es una cresta de las cosas
o la cima del sueño único
donde un ojo también único
es ojo abierto para siempre?

La muerte no tiene forma.
La vida dona sus formas a la muerte.
No sabemos si ésta a veces las adopta
porque las formas no regresan.

Si la muerte fuese una rosa oscura
y el hombre tuviera ojos para verla,
sabríamos qué sucede con las formas.

Pero entonces ya no sería necesario
conocer el destino de las formas:
bastaría con aspirar profundamente
el oscuro perfume de esa rosa.

Un gesto amenazante nos rodea.
 Quizá menos que un gesto:
 una amedrentadora expectativa
 que parece dudar
 entre acusarnos con su dedo incriminante
 o agredirnos desde su zócalo invisible.

Pareciera algún dios desplazado,
 el falaz sustituto de un dios
 o el rencor de su reemplazo,
 enquistado en el aire
 para hacernos respirar penosamente
 lóbregas inminencias.

O tal vez sea tan sólo
 el consternado círculo
 con que las propias cosas nos circundan,
 la compunción, no la amenaza,
 con que todo contempla nuestro paso,
 nuestra fugacidad inexplicable.

Quizá fuera preferible
 una orla de hielo,
 la desatenta espalda de las cosas,
 el círculo de nada
 donde yacen los dioses.

Un silencio por fin deshabitado.

Ni piedad ni amenaza:
 la honda seguridad
 del silencio sin nadie.

Las palabras se desfondan,
salvo en el hueco inasible del poema,
en su loca profecía de presente.

Sólo el silencio permite el reconocimiento.

Pero el silencio ya no existe.

Sólo existen las ruletas enajenadas
que no aciertan ya ningún número
y distraen de la cifra de la muerte.

A veces, sin embargo, el silencio renace
como un espacio que reemplaza al vuelo,
entre ciertas palabras que se olvidan del oído,
ciertos dolores que parecen amores,
ciertas caídas que ascienden no sé dónde.

Entonces el silencio rescata a las palabras
o las palabras abandonan sus traiciones
y generan nuevamente el silencio,
como el único terreno disponible
donde pueden germinar casi en la nada
las semillas que creímos imposibles.

Y si hubiese una cosecha,
aceptaríamos también que esa cosecha
la recogieran otros.

Estar.

Y nada más.

Hasta que se forme un pozo abajo.

No estar.

Y nada más.

Hasta que se forme un pozo arriba.

Después,

entre ambos pozos,

se detendrá un instante el viento.

Desde adentro del sueño
algo abre mi mano
para que encuentre a la tuya
afuera del sueño.

Pero desde afuera del sueño
algo abre mi mano
para que encuentre a la tuya
adentro del sueño.

¿No habrá algo en mi sueño
que abra mi mano
para que encuentre a la tuya
adentro de tu sueño?

Como hay algo aquí afuera
que abre mi mano
para que encuentre a la tuya
simplemente aquí afuera.

Los encuentros directos
y los encuentros indirectos
buscan quizá otro encuentro:
el encuentro que suprime el lugar.

Partículas en suspensión.
Partículas de polvo en un rayo de luz,
en una filtración de pensamiento
que desvela a la noche,
en una epifanía de gestos
que desmadejan al amor.

Partículas en suspensión.
Sólo la levedad demora la caída:
no llegar a ser un cuerpo,
no convertirse en discurso,
no cerrar el abrazo.

¿Habrá partículas tan finas,
tan leves, tan discretas,
que duren siempre en suspensión?

Desperté demasiado temprano
y comencé a pensar en lo eterno,
pero no en la gran eternidad de los rezos
sino en las pequeñas eternidades olvidadas.

La parte que no fluye del río,
aquello de la ciudad que siempre calla,
el lugar que no duerme en tu cuerpo dormido,
aquello que no despierta en mi cuerpo
[despierto.

Sentí entonces que las pequeñas eternidades
son preferibles a la gran eternidad.

Y no pude volver a dormirme.

Espacios en blanco.

En el poema,
en la vida,
quizá también en la muerte.

Pesan más que los otros.

¿Pesará más el color blanco
que los otros colores?

¿O los espacios en blanco
tampoco están en blanco?

Las frondas de los árboles,
 como una masa de imaginación,
 rectifican el cielo,
 rectifican el ojo que ve el cielo,
 rectifican la tierra bajo el cielo.

También las otras frondas de la vida
 corrigen el cielo y la tierra:
 las frondas del pensamiento,
 las frondas del dolor,
 las frondas de amar.

Cuando llegue el invierno
 y las frondas se dismantelen
 como multitudes o ejércitos gastados,
 esa eterna corrección que es el cambio
 deberá restringirse a autocorrección.

A menos que la ausencia de las frondas,
 las de afuera y las de adentro,
 o tal vez su errante memoria solitaria,
 sin nadie que recuerde,
 se transmute en las frondas de la ausencia.

Voy con mis ruinas a cuestras
 como un caracol con su concha quebrada,
 cuidando los reflejos y las vetas
 que aún brillan en sus restos.

Tal vez pueda con ellos
 hilar otras imágenes
 y dejar que las lleve
 el viento de las últimas palabras,
 las palabras que saben conversar con las
 ruinas,
 desdeñar los brillos distraídos
 y aspirar la fragancia de los restos.

Después vendrá la noche
 a cubrir lo que quede,
 pero quizá una noche con memoria
 o con savias de imágenes quebradas,
 cuyo temblor suplante al tiempo
 y su túnica estéril, ya caída
 como un flojo disfraz
 en medio de la noche.

El número uno me consuela de los demás
[números.

Un ser humano me consuela de los otros seres

Una vida me consuela de todas las vidas,
posibles e imposibles.

Haber visto una vez la luz
es como si la hubiera visto siempre.

Haber visto una sola vez la luz
me consuela de no volver a verla nunca.

Un amor me consuela de todos los amores
que tuve y que no tuve.

Una mano me consuela de todas las manos
y hasta un perro me consuela de todos los
[perros.

Pero tengo un temor:
que mañana llegue a consolarme
más el cero que el uno.

Un reflejo en la pared me desarma,
como un pájaro fatigado de sus alas
o una flor que descansa de sus pétalos.

Reflejo sobre otra pared,
el hombre también descansa a veces
de los clavos desvelados
de su propio corazón.

Debe haber todavía otra pared
sobre la cual coinciden los reflejos,
una pared que también repose de sí misma.

Todo reflejo es un descanso de la luz.

La visita ha sido excesivamente breve.
 Hace pocos momentos se nos abrió la puerta.
 Nuestra procedencia no era del todo clara y no estábamos preparados para esta visita.
 Creímos, sin embargo, que sería por más tiempo.
 Tal vez nos confundieron las señales del arribo.
 Descubrimos después otra puerta cerrada.
 Comprendimos muy pronto que era la puerta de salida.
 Nos sorprendió que existieran dos puertas y no una solamente para entrar y salir.
 Poco más comprendimos.
 Dimos algunos pasos, dijimos pocas cosas, hallamos otros rostros, a algunos los amamos.
 Y no siempre había luz.
 Aunque en algún momento

creímos que la luz.
 estaba para siempre.

La puerta de salida ha comenzado a abrirse.
 La visita concluye.
 Ahora miramos más las flores, tratamos de escuchar al silencio, callamos más que antes, velamos las palabras delante del umbral.

En vano hemos tratado de oír algo de afuera.

Exceso de escritura.

En todo hay algo escrito,
que sólo desciframos a medias.
Todo es un palimpsesto
que sólo en parte se borra
y luego multiplica sus capas de escritura.
Hasta el silencio está escrito.

Nosotros no podemos
borrar ni una letra.
Y tampoco podemos
dejar de escribir encima.

Pero queda otra alianza posible:
escribir hacia adentro.
Allí, en comparación,
lo escrito es mucho menos.

Quizá equivocamos la puerta
o estaban los carteles cambiados
y en lugar de haber ingresado a la vida
nos hallamos ahora en la muerte.

O tal vez el orden fuera inverso:
el primer estadio era la muerte
y el segundo la vida.

Pues comenzamos a morir desde el primer día,
aquello que llamamos vivir
no se parece mucho a la vida
y nadie puede completar una suma
en medio de las cosas que caen.

Habría que volver a revisar las puertas,
también las de salida.

Y mejorar nuestra alfabetización:
aprender a leer el otro lado de lo escrito.

Tal vez así no erremos la puerta
otra vez al salir

y hasta podamos comenzar sin confundirnos,
no importa lo que sea.

(para Luis Aldegberi)

Estar presente ante todo lo que existe.
Y también ante su sombra.

Estar presente ante todo lo que no existe.
Y también ante su sombra.

Estar presente.
No pedir nada.
No seguir separando las ovejas.

Y decir una palabra
que también esté presente.
Y su sombra.

Aprender a descender escalón por escalón
y detenerse en cada uno,
para mirar desde cada uno el horizonte,
no el siguiente escalón.

Sólo así no rodaremos:
cada horizonte nos sostendrá hasta el siguiente.

Y al bajar al último escalón,
aunque ya no necesitemos horizontes,
el último suavizará el descenso,
la bajada de quien prefirió otear los horizontes
antes que vigilar cada paso hacia abajo
por temor a caer.

Sólo las miradas más largas
pueden abarcar lo más próximo.

Hay llamados que me llaman por ti
 cuando tú no me llamas.
 Llamados tuyos de ayer
 que quedaron flotando en el agua del tiempo,
 llamados tuyos de mañana
 que mañana tal vez yo no pueda escuchar,
 llamados tuyos que invento sin notarlo
 cuando la soledad se vuelve arisca
 o llamados tuyos
 que no vienen de ti ni de mí,
 como si hubiera entre ambos una autonomía
 que actúa por su cuenta,
 una zona que hemos creado casi sin querer
 para que diga tu nombre
 y quizá también el mío
 sin necesidad de nosotros.

De cualquier modo,
 estoy rodeado por tus llamados sin ti,
 como una isla por el mar
 o una torre por el viento que pasa.

¿Seguirán tus llamados llamándome
 cuando ambos no estemos?

La boca vacía no necesita a nadie
 para poder seguir nombrando.

Es mejor no hacer la cuenta.
 El debe y el haber se han mezclado
 como guijarros de colores cambiantes,
 la desprolijidad de los asientos
 invalida el registro,
 abundan las hojas arrancadas
 y además nadie conoce
 el inventario general.

Por otra parte,
 en un curioso movimiento,
 los signos tercamente se dan vuelta,
 el más y el menos se permutan
 como rótulos flotantes,
 el rojo y el negro se truecan sin decoro
 y ni siquiera hay un pulso suficientemente firme
 como para trazar la línea
 que permita hacer la suma o la resta.

Es mejor no hacer la cuenta.
 Sería nada más que otro reflejo.
 El saldo del hombre es imposible.

También es imposible
 el saldo del todo,
 el saldo del ser.

Faltan en ambos casos las cifras fidedignas, la raya, el resultado y aun la mano que pudiera escribirlo.

El misterio no tiene dos extremos: tiene uno. El único extremo del misterio está en el centro de nuestro propio corazón.

Sin embargo, no dejaremos nunca de buscar el otro extremo, el extremo que no existe.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

que no vienen de él ni de mí. Como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres, como el hombre que se levanta a las tres y se acuesta a las tres.

Otro poema interrumpe el poema que escribo,
reclama su lugar.

Ninguno admite postergaciones.

Son dos hojas urgentes

brotando superpuestas

en el mismo punto de una rama.

Llega entonces un pájaro

y se posa en la rama.

También él es un reclamo,
el tercero en la aguja del instante.

Pero de pronto el pájaro canta

y en su canto no hay antes ni después,

cabe más tiempo que en el tiempo,

dos hojas, dos poemas simultáneos,

dos llamados,

quizá todos los llamados a la vez,

sin que ninguno se borre,

sin que ninguno desplace a los otros.

La superposición de dos poemas y un pájaro
ha venido a enseñarme

el concierto de todo sobre un punto.

Un orden por encima del orden.

No puedo levantar la palabra nueva
que yace entre los matorrales
como una moneda caída.

No puedo tomar esa moneda
y entregarla al pordioscro que hay en mí
o al que marcha a mi lado.

No puedo adquirir con ella otras palabras
o por lo menos sus moldes de silencio
para acuñar mañana sus efigies.

En vano he aprendido a inclinarme.
La moneda que busco

sólo puede encontrarse cambiándose por ella
y quedando en su sitio entre los matorrales.

La palabra que busco no está en la zarza
ardiente,

que habla y después se extingue,
sino en la zarza apagada
que no cesa de hablar.

Balbuco del comienzo.

Balbuco del final.

Desde nacer muriendo

hasta morir viviendo todavía.

Y unas pocas palabras
extraídas del páramo

como flores ajenas al lugar,
abriéndose hacia aquel origen
pero orientando su perfume
hacia aquel acabamiento.

Toda palabra es balbuco.

Toda flor es balbuco.

Y todo entre los paréntesis
de unas rocas partidas
y lagartos que huyen.

Nadie puede decirlo.

Nadie dijo mejor

cómo no se puede decir.

(al morir Samuel Beckett)

Un monigote al borde del abismo.

Para que caiga es suficiente

el toque de un dedo,

el azar de una ráfaga perdida,

el roce distraído de un pájaro.

Sin embargo, como hebra finísima,

una mirada sostiene al espantajo,

una mirada que no puede ser suya,

que lo mira desde afuera.

Ninguna figura puede mantenerse

si una mirada no la sostiene,

sobre todo si está al borde del vacío.

¿No habrá tal vez una mirada

que sostiene por ahora al monigote

desde adentro del abismo?

Una flecha atraviesa el universo.
 No importa quien la haya lanzado.
 Traspasa igualmente lo fluido y lo sólido,
 lo visible y lo invisible.
 Tratar de calcular adónde va
 sería como imaginar que hay un muro en la nada.

Flecha desde lo anónimo a lo anónimo,
 desde un abismo que no es un origen
 hacia otro abismo que no es un destino,
 movimiento que no parece un movimiento
 sino un éxtasis que se renueva a cada instante.

Yo la encuentro en tu mano
 o tú en mi pensamiento.
 Puedo verla entrando en una nube,
 cortando en dos un pájaro,
 saliendo de las flores y las lluvias,
 hendiendo una ceguera,
 traspasando a los muertos.

Tal vez su ejemplar anónimo
 nos convoca a nuestro propio anónimo,
 para poder también librarnos
 de nuestro comienzo y nuestro fin.

(para Laura)

Indice

1. Sacar la palabra del lugar de la palabra.....	9
2. Interrumpir todos los discursos.....	11
3. Periódicamente.....	12
4. Todo viene de lejos.....	13
5. Ciertas luces apagadas.....	14
6. Hay fragmentos de palabras.....	15
7. El poema convoca al humo.....	16
8. Dibujaba ventanas en todas partes.....	17
9. Más tarde o más temprano.....	18
10. Cuántas formas de visión.....	19
11. Invertir los signos de la fiesta.....	20
12. El error que comete una cosa.....	22
13. Hay un momento.....	24
14. Callar algunos poemas.....	25
15. Buscar una cosa.....	26
16. Cuando carezco de luz.....	27
17. La parábola que es nuestro alrededor.....	28
18. Podría quizá olvidar algo que he escrito.....	29
19. El hombre se ha vuelto del revés.....	30
20. La página en blanco.....	31
21. A veces parece.....	32
22. El gesto de la mano.....	33
23. Mi mano acaricia tu sueño.....	34
24. Todos hablan.....	35
25. Las caras de derrota del domingo a la tarde.....	36
26. Hemos llegado a una ciudad sagrada.....	37
27. La niebla sin niebla del atardecer.....	38
28. El mundo se ha cerrado.....	39
29. El soplo de luz, el temblor concentrado.....	40
30. Los hombres van quedando al costado del camino.....	41
31. La casa del hombre.....	42
32. No podemos detener los dibujos.....	44

68.	El número uno me consuela de los demás números.....	84
69.	Un reflejo en la pared me desarma.....	85
70.	La visita ha sido excesivamente breve.....	86
71.	Exceso de escritura.....	88
72.	Quizá equivocamos la puerta.....	89
73.	Estar presente ante todo lo que existe.....	90
74.	Aprender a descender escalón por escalón.....	91
75.	Hay llamados que me llaman por ti.....	92
76.	Es mejor no hacer la cuenta.....	93
77.	El misterio no tiene dos extremos.....	95
78.	Otro poema interrumpe el poema que escribo..	96
79.	No puedo levantar la palabra nueva.....	97
80.	Balbuceo del comienzo.....	98
81.	Un monigote al borde del abismo.....	99
82.	Una flecha atraviesa el universo.....	100

33.	Vaivén de la ternura.....	45
34.	Algunas veces nos sentimos por fin.....	46
35.	Tu aliento te corrige.....	47
36.	También hay espacios hechos de nada.....	48
37.	Días de espesor condenado.....	49
38.	Todo viene hacia nosotros.....	51
39.	Hay un sordo llamado en todas partes.....	53
40.	También hemos traicionado al agua.....	54
41.	Roce del tiempo con el tiempo.....	55
42.	Hay ángulos que no pueden cerrarse.....	56
43.	La casa del sueño.....	57
44.	El recuerdo no es suficiente.....	58
45.	¿De dónde vienen estas imágenes?.....	59
46.	Entre los bloques de espera.....	60
47.	Educar a las semillas de la nada.....	61
48.	Todas las historias me parecen conocidas.....	62
49.	Las marcas del lenguaje.....	64
50.	La luz es un resorte.....	65
51.	Unas puertas tan perfectas.....	66
52.	La servidumbre de la noche.....	67
53.	Saqué una mano fuera del sueño.....	68
54.	Siempre estamos en el comienzo.....	69
55.	Rostros que van.....	70
56.	Todos los templos están deshabitados.....	71
57.	Hondonada del tiempo.....	72
58.	La muerte no tiene forma.....	73
59.	Un gesto amenazante nos rodea.....	74
60.	Las palabras se desfondan.....	76
61.	Estar.....	77
62.	Desde adentro del sueño.....	78
63.	Partículas en suspensión.....	79
64.	Desperté demasiado temprano.....	80
65.	Espacios en blanco.....	81
66.	Las frondas de los árboles.....	82
67.	Voy con mis ruinas a cuestias.....	83

Otras ediciones del autor

Poesía

- Poesía vertical*. Buenos Aires, Equis, 1958.
Segunda poesía vertical. Buenos Aires, Equis, 1963.
Tercera poesía vertical. Prólogo de Julio Cortázar. Buenos Aires, Equis, 1965.
Cuarta poesía vertical. Buenos Aires, Aditor, 1969.
Quinta poesía vertical. Buenos Aires, Equis, 1974.
Poesía vertical (antología). Barcelona, Barral, 1974 (Ocnos, 46)
Poesía vertical (1958-1975). Incluye *Sexta poesía vertical*. Caracas, Monte Avila, 1976.
Poesía vertical: Antología mayor. Prólogo de Roger Munier. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1978.
Poesía vertical: Nuevos poemas. Buenos Aires, Mano de obra, 1981.
Séptima poesía vertical. Caracas, Monte Avila, 1982.
Octava poesía vertical. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1984.
Novena poesía vertical - Décima poesía vertical. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1987.
Novena poesía vertical. México, Papcles Privados, 1987.
Poesía vertical: Antología incompleta. Prólogo de Louis Bourne. Madrid, Playor, 1987.
Undécima poesía vertical. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1988.
Undécima poesía vertical. Valencia, Pretextos, 1988.
Poesía vertical, 1958-1975 (antología). México, Universidad Nacional Autónoma, 1988 (Material de lectura; Poesía moderna, 135)

Traducciones al francés

- Poesie verticale*. Traduction et préface de Fernand Verhesen. Bruxelles, Le Cormier, 1962.

- Poesie verticale II*. Traduction et préface de Fernand Verhesen. Bruxelles, Le Cormier, 1965.
Poesie verticale. Traduction de Fernand Verhesen. Edition bilingue. Lausanne, Rencontre, 1967.
Poesie verticale IV. Traduction et préface de Fernand Verhesen. Bruxelles, Le Cormier, 1972.
Poesie verticale. Traduction et préface de Roger Munier. Paris, Fayard, 1980.
Quinze poemes. Traduction et préface de Roger Munier. Trans-en-Provence, Unes, 1983. 2ème ed.: 1986.
Nouvelle poésie verticale. Traduction de Roger Munier. Paris, Lettres vives, 1984.
Newieme poésie verticale. Traduction de Roger Munier. Paris, Brandes, 1986.
Poesie verticale. Plusieurs traducteurs. Préface de Jean-Louis Giovannoni. Royaumont, Cahiers de Royaumont, 1988.
Poesie verticale. Traduction de Roger Munier, avec une aquarelle de Lucie Duccl. Paris, M. D., 1987. Ed. bilingue.
Poesie verticale. Traduction et préface de Roger Munier. Paris, Fayard, 1989.

Traducciones al inglés

- Vertical Poetry*. Translated by W. S. Merwin, Santa Cruz, Cal., Kayak Books, 1977. Bilingual edition.
Vertical Poetry. Translation and foreword by W. S. Merwin. Berkeley, North Point Press, 1988. Bilingual edition.

Prosa

- Poesía y creación*. Diálogos con Guillermo Boido. Buc-

nos Aires, Carlos Lohlé, 1980.
Poesía y realidad. Discurso de incorporación. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1987.
Poesía, literatura y hermenéutica. Conversaciones con Teresa Sagú. Mendoza, CADEL, 1987.

Traducciones al francés

Poesie et création. Traduction de Fernand Verhesen. Le Muy, Unes, 1987.
Poesie et réalité. Traduction de Jean-Claude Masson. París, Lettres Vives, 1987.

"Cada poema de Roberto Juarroz es una sorprendente cristalización verbal: el lenguaje reducido a una gota de luz. Un gran poeta de instantes absolutos". O Julio Cortázar afirmar que los poemas de Juarroz le parecían "de lo más alto y lo más hondo (lo uno por lo otro claro) que se ha escrito en español en estos años." O Antonio Porchia rubricar con su penetrante visión: "En estos poemas cualquier palabra podría ser la última, hasta la primera. Y sin embargo lo último sigue".

Las Ediciones Carlos Lohlé, confirmando su intención de publicar toda la obra del poeta argentino, se complace en presentar ahora su *Duodécima poesía vertical*, paralelamente a la aparición de su versión integral en lengua francesa, al homenaje brindado a su autor en los "Rencontres des Ecritures Croisées" (Aix-en-Provence, Francia, enero de 1991) y a la lectura de sus poemas en París (Centre Georges Pompidou), Lyon (Villa Gillet) y Madrid (Residencia de Estudiantes), en febrero de 1991.

DE NUESTRO CATÁLOGO

Roberto Juarroz

NOVENA POESÍA VERTICAL - DÉCIMA
POESÍA VERTICAL
UNDÉCIMA POESÍA VERTICAL

Roberto Juarroz y Guillermo Boido
POESÍA Y CREACIÓN

Niko Kazantzakis

CANTOS EN TERCINAS
EL POBRE DE ASÍS
LA ÚLTIMA TENTACIÓN

Marcela Solá

MANUAL DE SITUACIONES
IMPOSIBLES

Marjorie Agosin
SARGAZO

EDICIONES CARLOS LOHLÉ
Casilla de Correo 3097 - Buenos Aires